



PROLOGO.

Al impulso vivificador de la paz, nuestra Patria evolucionando en todos los ramos del saber humano, ha patentizado la existencia de sus energías, ayer latentes y casi desconocidas, hoy vigorosas, ricas y esplendentes.

La ciencia, la industria, el comercio y el arte, no son las únicas fuentes de naciente prosperidad en nuestra República; existe igualmente una fuerza cooperadora del actual orden de cosas, que sin ostentación delega el recuerdo de sus conquistas en beneficio de la tranquilidad nacional, como si no tuviese privilegiado lugar en el concurso de los demás elementos que han colocado al país en el alto puesto que ahora ocupa.

Esta fuerza reside en el Ejército, cuya institución, poco estimada por algunos de nuestros conciudadanos, ha sido juzgada ligeramente y menospreciada, impugnándola antes de someterla á un concienzudo proceso, capaz de ilustrar á la presente y futuras generaciones, analizando, sin pasión ni espíritu de partido, tanto los beneficios que producen la educación, la instrucción, el orden y la disciplina, cuanto las funestas consecuencias de un sistema militar no basado en procedimientos razonados.

Los enemigos del ejército, hombres políticos en su mayoría, hacen recaer sobre él las causas principales de anarquía en que por tantos años estuviera sumergida la nación mexicana, olvidando intencionalmente que letrados y militares nacían á la luz de la libertad en las mismas condiciones: llevando consigo en su más íntima naturaleza, el germen hereditario de una raza conquistadora cuya mira principal consciente ó inconsciente, era la brutal explotación de las riquezas naturales del territorio, á expensas del aniquilamiento físico-intelectual de los desgraciados indígenas.

Los primeros combatientes, proclamadores de la emancipación del yugo colonial, fueron en lo general personas humildes, ignorantes de los preceptos de la guerra; los mismos oficiales españoles que simpatizaron con la causa de la libertad, estaban lejos de poseer aquella ciencia en debida forma, porque España viviendo de sus antiguos y gloriosos recuerdos, agotábase, impulsada en revueltas intestinas y guerras internacionales que desvanecían su poder y esplendor.

Por lo que respecta á los hombres públicos independientes, no puede negarse, que más ilustrados teóricamente en la ciencia del derecho, prácticamente carecían de razón para juzgarse más capaces que sus correligionarios los guerrilleros; en consecuencia, las fuerzas vivas que habían pronto de jugar, consumada la independencia, tenían que chocar, subdividiéndose, gastándose prematuramente, y lo que es más deplorable, corrompiéndose, y corrompiendo el ejército, indudablemente el más patriota y esforzado, pero el más inadecuado entonces para hacerlo partícipe de las funciones públicas.

Todavía hoy se hace sentir la necesidad de un poder centralizador prudente, que concilie hasta donde pueda ser posible, el espíritu grandioso de nuestra Carta fundamental, con el estado de cultura de las masas, y si después de ochenta años, fáltale al pueblo educación cívica ¿cómo aceptar que de la esclavitud é ignorancia había de pasarse bruscamente á la forma de gobierno tan liberal como el que se pensó?

Ocupados los primeros puestos públicos, por las más elevadas gerarquías españolas, con tendencias reaccionarias, no obstante que cooperaron á la consumación de la independencia, dominaban las ideas realistas, y por consiguiente la política liberal se veía arrasada por la influencia del viejo elemento. De aquí el choque al principio verificado en la asamblea y poco después en los campos del combate donde la sangre hermana viose nuevamente correr. El resultado de tal lucha no tardó en descubrir cuál sería la marcha de un gobierno, que, para hacerse de prosélitos, premió con honores y ascensos la insubordinación, la sublevación y el motín.

La escuela del grado de los ambiciosos, civiles y militares, no tardó en afirmarse debido precisamente á muchos de aquellos jurisconsultos, cuya superior intelectualidad los hacía, más responsables que á los militares improvisados.

Puede asegurarse que con excepción de períodos relativamente cortos, nuestra existencia social, impulsada por fuerzas locas, marchaba indefectiblemente á su completo aniquilamiento, y hubiera llegado á él, si no apareciera en el horizonte político una figura superior, inteligente, de grandes energías, que preparara el movimiento evolucionista que más tarde se nos ha hecho seguir.

Esa figura fué D. Benito Juárez. Pero la institución militar, con-

servó aquí el sello de su origen, es decir, recurrióse en lo general á fuerzas improvisadas, ignorantes en su mayor parte del arte de combatir y gobernar, y cuyo aprendizaje hicieron, no en las aulas, sino en las duras lecciones reales que les dieran los restos de un ejército organizado, superior á su adversario, aunque en el fondo y en la forma plagado de vicios y de errores.

Llamamos la atención de los que impugnan al ejército, recordándoles que, durante la guerra de tres años y la que siguió después, no pocos hombres letrados, tomando participio en la contienda, viéronse revestidos de alto mando militar y pudieron formarse juicio de la necesidad de conservar y perfeccionar una institución que tan difícilmente puede prepararse para la guerra.

Esos mismos letrados y la nación entera, saben que aquellas masas defectuosas, casi desprovistas de todo, supieron vencer no sólo al ejército reaccionario sino también, en algunos casos, á los llamados primeros soldados del mundo.

Mucho ganar era haber reconstruido la soberanía nacional con tropas irregulares; el perfeccionamiento no es obra de magia, requiere cuantiosos recursos pecuniarios y agentes profundamente penetrados de las múltiples y delicadas misiones que comprende dicha institución.

Ejemplo vivo de tal observación es la comparación entre los ejércitos francés y alemán en 1870-1871.

La Francia enseñoreada en el triunfo de sus victorias Napoleónicas, sintiéndose militarmente fuerte, dedicose al desarrollo de su comercio, industria, etc.

Alemania, trabajando en silencio durante cincuenta años, pudo perfeccionar tan ventajosamente su institución militar, que después de su éxito contra Francia, todas las naciones reconocieron la necesidad de apropiarse los principios de organización, movilización y modo de combatir de aquella potencia, la mejor dispuesta para la guerra.

Compréndese por lo expuesto que faltándonos las condiciones anteriormente enunciadas, fuera posible constituirnos bajo un régimen adecuado á los preceptos de la ciencia; sin embargo, como tendrá oportunidad de juzgar el lector, apesar de tantas vicisitudes por las que hemos atravesado, de admirar es la cantidad de trabajo producido desgraciadamente sin positivo fruto.

Al fin una era de bienestar augurose bajo la administración del General Porfirio Díaz, y hace veintinueve años que la República Mexicana desarrolla las fuentes de sus riquezas á la sombra de la paz y bajo el amparo de un gobierno hábil.

Es llegado el instante de tratar una de las cuestiones de vital interés para nuestro porvenir y que muchas personas han concebido en la siguiente forma. ¿Por qué habiendo transcurrido tantos años de paz, nuestra institución militar permanece estacionada, lejos de

satisfacer las exigencias de la guerra, las que está llamada á cumplimentar dado el creciente progreso de la nación?

Tan seria observación exige un examen sincero, aunque penoso, de las circunstancias que han impedido realizar como se pretende, esa obligación, de la que bien se ha dado cuenta el gobierno, entendido que la verdadera regularización en la marcha administrativa debe comprender del año de 1885 á la fecha; pues aún cuando anteriormente la Secretaría de Guerra, en su ramo, dictó algunas leyes, éstas jamás tuvieron su debido acatamiento. En ese concepto, la penosa y ardua tarea del Ejecutivo abraza únicamente dos décadas.

Para la mejor inteligencia, tanto de los razonamientos en que vamos á fundar nuestro examen relativo al punto en cuestión, como los que surjan en el curso de la obra, nos vemos obligados á exponer, aunque muy someramente, los principios que sobre la guerra rigen hoy día en los pueblos militarmente constituidos.

Esta síntesis ilustrará lo suficiente á las personas poco versadas en asuntos de guerra y les dará los medios de apreciar la buena fe de nuestra argumentación, inclinándolas á rechazar intencionados conceptos que sofisticamente lanzarán los descontentos cuando para ello tengan oportunidad.

La guerra, militarmente juzgada, es un acto de ejecución, un choque entre dos adversarios más ó menos instruidos, organizados, armados y alimentados.

El factor principal de ella es el hombre; su objeto, la destrucción completa del contrario, ó al menos su aniquilamiento á un grado tal que no quiera ó no pueda continuar la lucha.

Aunque llamada ciencia por algunos, no existe comprendida en la clasificación de este género comunmente aceptada. Se sirve sí, de todos los conocimientos del hombre; pero intrínsecamente sólo le corresponde la historia, de donde proceden la estrategia y la táctica.

La significación de estos términos es tan ambigua, que parece imposible asignarles su verdadero carácter. Llamán unos ciencia á la primera y arte á la segunda; pretenden otros lo contrario; hay quienes nieguen la existencia de la primera y finalmente no faltan quienes identifiquen una y otra. De todos modos, cualquiera que sea la definición que se adopte, la estrategia y la táctica son factores principales de los conocimientos militares y de su juiciosa aplicación depende el éxito de toda operación de guerra.

Un pueblo socialmente constituido tiene que adoptar, para su existencia, un régimen que establezca las relaciones entre su Gobierno y los ciudadanos. Estas relaciones crean la política y á ella

corresponden las instituciones militares, las que á su vez, preparan la defensa, arma natural concedida al hombre en beneficio de su propia conservación.

El ejército, clasificación de grupos de hombres según su instituto, es la consecuencia directa de la defensa.

La clasificación no es otra cosa que la organización y por ella debemos entender el mutuo agrupamiento de la adaptación y solidarización de los elementos de acuerdo con su perfectibilidad.

En la actualidad llamamos estos elementos: infantería, caballería, artillería, ingenieros, servicio de estado mayor, servicio de sanidad, de administración y de justicia.

El efectivo del ejército está sujeto á dos condiciones: una puramente militar y otra económico-política.

La primera de dichas condiciones reclama el mayor número de hombres útiles para la guerra. La segunda trata de equilibrar el capital con el trabajo, y se preocupa por el desarrollo de la producción, no quitándole á la actividad humana sino el número enteramente necesario al ejército.

La manera más equitativa de conciliar estas condiciones, da lugar al servicio obligatorio, regido por un sistema de reclutamiento nacional, en virtud del cual y salvo las excepciones previstas por la ley, todos los ciudadanos tienen el deber de cooperar á la defensa de la independencia del territorio y aseguramiento de la paz interior.

Este servicio lo cumplen los elegidos, pasando un período determinado en el ejército activo, para volver á sus hogares, donde, con el carácter de reservas, deben estar listos en caso de llamamiento (Movilización).

De tal modo de ser nacen para el ejército dos situaciones: el pie de paz, y el pie de guerra; el primero, dedicado á la preparación de la guerra y á contener los imprevistos amagos de un enemigo exterior ó interior; el segundo, obrando en caso de fuerza mayor sin tener más consideraciones que la de la lucha. Pero á fin de que el pie de guerra funcione debidamente, es necesario que los grandes efectivos, convenientemente encuadrados (Brigadas, Divisiones, Cuerpos de Ejército), obren con la mayor rapidez, una vez dada la orden de movilización; pues un retardo cualquiera ocasionado por negligencia ó impericia, traerá fatales consecuencias para la nación no preparada.

Esta preparación, que corresponde al Estado Mayor, es como lo dice el General Von der Goltz, más bien fatigosa que difícil y descansada en una juiciosa subdivisión de trabajo.

Concurren á la movilización, tanto en la preparación como en la ejecución, todos los órganos del ejército; pero su alta dirección y continua vigilancia compete al Secretario de la Guerra, auxiliado por el Estado Mayor.

La movilización es independiente de la estrategia, y puede ordenarse parcial ó general; pero no debe olvidarse el acto que le sigue: la concentración, ni las íntimas relaciones que guarda con la organización y el reclutamiento.

Todo lo que tienda á simplificar la movilización, debe tomarse en consideración; por eso la nación militar mejor constituida, Alemania, ha decretado el reclutamiento regional, es decir, el fraccionamiento del territorio en regiones, estudiando al efecto cuidadosamente sus condiciones geográficas, estadísticas, administrativas y sociales.

Cada región está obligada á dar los contingentes correspondientes que deben pasar á banderas.

A fin de no perder tiempo en la movilización, desde el tiempo de paz existe organizada la unidad estratégica (Cuerpo de ejército) y si bien dicha unidad subsiste en pie de paz en forma de cuadro, fácilmente se completa con las reservas del ejército activo, conservadas en disponibilidad y con las del ejército territorial.

Cada región se divide en distritos de reclutamiento bajo el gobierno é inspección de una autoridad militar y otra civil, las que provocan cuantas disposiciones juzgan necesarias al reclutamiento y movilización según las instrucciones del Gran Estado Mayor.

Como en cada región las tropas no cambian de guarnición, los depósitos que están bajo la vigilancia de jefes y oficiales nombrados con anterioridad, permiten, al decretarse la movilización, la más violenta distribución de armas, vestuario, equipo, caballos, etc., á los reservistas, quienes ingresan á los antiguos regimientos donde han servido: el abuelo, el padre, el hermano y demás parientes, resultando de tal proceder el afianzamiento de una verdadera solidaridad y espíritu de cuerpo, que no posee ninguno de los demás ejércitos.

Cada oficial de reclutamiento lleva las matrículas, los registros necesarios al empadronamiento de las municipalidades, movimiento de los inscritos, existencia de caballos y mulas propias á la requisición, carruajes y víveres que tiene cada localidad, así como las hojas que deben temporalmente darse á los que residen fuera de la jurisdicción territorial, y en cuyo documento consta el lugar, la hora y el modo de incorporarse á su batallón en caso de movilización.

El Estado Mayor General tiene una sección especial de oficiales encargados del más completo conocimiento de los ferrocarriles del país, tanto en el concepto de su carácter técnico como en el general.

Sus vías férreas son los principales factores de una buena movilización y concentración; perfectamente estudiadas, extiéndense como arterias hacia las fronteras y se ramifican transversalmente; en su trayecto ó en los extremos se apoyan grandes plazas fuertes que sirven como punto de concentración, de abasto y de defensa.

La movilización se verifica á pie para las tropas próximas á la

frontera donde tendrá lugar la concentración; pero las demás utilizan líneas transversales, sin entorpecer las dobles arterias destinadas á la concentración y á las que afluye, en aparente desorden, el inmenso material de guerra destinado á los ejércitos.

Estos se constituyen al declararse la guerra y cada uno tiene asignado un papel estratégico: ala, centro, reserva.

El funcionamiento de este sistema tan admirablemente dispuesto facilita, durante las operaciones, el que cada región continúe prestando ayuda á sus Cuerpos de Ejército, estableciéndose una corriente simpática entre los que fuera de la patria se baten por ella y los que, en razón á su edad, la cuidan en sus hogares.

Tales son á grandes rasgos los puntos capitales de la movilización. Después de ella viene la concentración, ó sea el envío á las fronteras, de los efectivos movilizados y encuadrados. Esta parte corresponde en rigor á la estrategia como á la táctica y no puede efectuarse, si anticipadamente no se ha estudiado su objeto y manera de transportar las tropas de un punto á otro.

Este objeto depende del carácter general que se dé á la guerra: bien adelantándose á los movimientos del adversario (ofensiva estratégica) ó bien posesionándose de cierta zona geográfica para esperar al invasor á que penetre al territorio (defensiva estratégica).

No es indiferente el tomar una ú otra forma, ni queda al gusto elegirla; ella se impone como una consecuencia de la cultura, poder y riqueza de un pueblo.

Tanto la ofensiva como la defensiva estratégica, requieren una preparación basada en el más completo conocimiento de la geografía y estadística del territorio propio y ajeno donde podrá tener lugar la lucha. (Teatro de la guerra).

De dicho conocimiento se infiere: la zona donde se efectuarán las operaciones (Teatro de operaciones): las vías marítimas, fluviales, comunes y férreas que van del corazón de un país á las fronteras y corren interiormente por el país invadido ó por invadir. (Líneas de operaciones y comunicaciones); los puntos de interés militar mientras dure la guerra como son: los campos atrincherados, plazas fortificadas, grandes centros de población, cruzamientos de caminos, grandes estaciones de ferrocarriles, puertos militares, el enemigo etc. (Puntos estratégicos) los cuales, convenientemente elegidos, determinan la base de operaciones, el despliegue estratégico, el abastecimiento de tropas; de municiones de boca y de guerra etc., etc.

La base de operaciones es una porción del teatro de la guerra, de mayor ó menor extensión, según los efectivos concentrados, y desde la cual se inician los movimientos ofensivos ó defensivos, y á donde concurren todos los elementos que vienen del campo de batalla y los que llegan de retaguardia para reforzar á las tropas en acción.

En las naciones bien cruzadas por caminos de fierro, la base de operaciones puede constituir la todo el territorio.

A medida que las tropas avanzan hacia el suelo extranjero, se hace necesario crear nuevas bases que afectan un carácter secundario y conservan el contacto con las principales.

A priori, no es posible prever la serie de acontecimientos que puedan verificarse, pues desconociéndose las intenciones de ambos adversarios al romperse las hostilidades, es aventurado predecir lo que sucederá. El proyecto de operaciones, antes llamado plan de campaña, formado hipotéticamente durante la paz, estudia los casos probables de la invasión ó resistencia y se preocupa por hallar la manera de contrariar los movimientos del partido opuesto en los momentos en que se inician los preliminares de la guerra; pero verificada la primera batalla, sólo por sus resultados se podrá determinar lo que haya de emprenderse, pero la base de operaciones sí puede antes localizarse.

Si se acepta la ofensiva, esta base ha de buscarse cerca de la frontera por invadir y de acuerdo con el proyecto de operaciones.

Si se opta por la defensiva, la prudencia aconseja establecerla á retaguardia de la frontera donde aparecerá el invasor y en las mejores condiciones de seguridad, en virtud de la inferioridad que desde tal momento acusa el defensor.

Aunque las líneas de invasión se indican, en lo general, por los claros que dejan los campos atrincherados ó plazas fuertes del territorio amenazado, las tropas invasoras se ven obligadas á maniobrar, ya para engañar al defensor respecto de la dirección de marcha, entorpeciendo su concentración, ya para intentar tomarlo de flanco ó á retaguardia de sus líneas de comunicación.

En todo caso la probabilidad del triunfo corresponderá al partido que con más talento consiga ser el más fuerte en tiempo, modo y lugar, incluyendo naturalmente las circunstancias de superioridad en armamento, instrucción, efectivo, mejor servicio de Estados Mayores, de abastecimiento, etc., etc., que durante la paz tómanse en consideración.

Las concepciones estratégicas conducen á la batalla, operación táctica que comprende también dos formas: ofensiva y defensiva, según las condiciones físicas y morales en que accidental ó absolutamente pueda encontrarse uno de los bandos.

El campo de la táctica abraza tantos ramos como funciones diferentes afectan la vida de los ejércitos; por cuya circunstancia sería imposible desarrollarla en un prólogo; pero al estudiar algunos de nuestros hechos de armas tendremos ocasión de aplicarla en parte.

Podemos ya enumerar los puntos que fundarán el examen de la cuestión que nos proponemos demostrar.

10.—Factor de orden físico. (Geografía militar).

20.—Factor de orden económico. (Recursos pecuniarios).

30.—Factor de orden estadístico. (Raza, Población).

40.—Factor de orden intelectual. (Aptitud, conocimientos).

Geografía.—Una ojeada sobre la carta de la República Mexicana nos mostrará que su territorio es á la vez continental é ístmico.

El litoral sobre el Golfo y Canal de Yucatán se extiende desde la desembocadura del Bravo, en el límite con los EE. UU. hasta el Cabo Catoche en la extremidad de aquella península, con extensión aproximada de 2,200 kilómetros, continuando sobre el Mar de las Antillas, al E. de la misma, por otros 380 kilómetros, lo que produce un total de 2,580 kilómetros sobre aguas del Atlántico. En el Pacífico el litoral es extensísimo unos 6,300 kilómetros debido en principal lugar al desarrollo procurado por el saliente que al extremo N. O. del país forma la península de la Baja California. (Schulz. Geog.)

Por esta descripción compréndese fácilmente que la circunstancia de tener nuestras costas entre dos océanos, así como la posibilidad de comunicarnos por Tehuantepec, establece uno de los caracteres esenciales, que constituye un factor importante para el porvenir de la nación y si bien es cierto que ambos mares permiten á cualquier enemigo que cuente con una mediana flota, efectuar un desembarco sobre los numerosos puntos que ofrece nuestro litoral, también lo es, que tratándose de una guerra con los americanos, éstos no procederán á elegir indiferentemente una ú otra costa. Así lo acredita la opinión de uno de sus oficiales en un opúsculo titulado "Geografía Militar de México." Por la inspección de la carta, dice: "podemos ver, que hay actualmente varios caminos por los que puede penetrar á México un ejército americano en caso de guerra con dicho país. Apoyados en el Río Grande, la invasión se ejecutaría por la vía del Paso, Eagle Pass, ó Laredo; ó bien por Veracruz, ó Tampico en el Golfo, ó en uno de los puertos del Pacífico, en el Sur, como Guaymas, y de allí avanzar hacia el interior. *Pero por poco que se reflexione, se comprenderá que sólo la distancia nos obliga á prescindir de los puertos del Pacífico, á menos que no sea con objeto de efectuar demostraciones para ayudar las operaciones. Sería dudoso que algo más se alcanzara por la ruta de Paso.*"

Efectivamente, la distancia desde su base de operaciones probablemente San Francisco es realmente un factor digno de tomarse en consideración; pero no es el único que induzca á rechazar la idea de un desembarco por algún punto del Pacífico en el rumbo indicado por el articulista, apesar de existir la vía férrea que se proyecta de Mazatlán á Guadalajara.

Aunque nuestros puertos carecen por ahora de obras defensivas, y nuestras costas están muy lejos de haberse reconocido debida-

mente, una invasión por el Pacífico, destruyéndoles por completo la vía férrea mencionada, sería á nuestros adversarios sumamente difícil, pues para penetrar á la Mesa Central tendrían que atravesar la escarpada sierra occidental, que corre casi paralela á esa costa, y no tiene caminos propios para dar paso á un ejército americano, provisto de la numerosa impedimenta con que acostumbra marchar.

Si no tomara en consideración dichas observaciones y se aventurara por aquella región, su descalabro sería pronto y completo, en vista de la naturaleza del camino por recorrer y de las varias y magníficas posiciones naturales que por allí se hallan.

No podemos decir otro tanto del Golfo, y aunque el autor del citado libro tiene la buena fe de creer que nuestros ferrocarriles facilitarían desde luego sus operaciones, tanto por el Norte como por el E., incurre él mismo en contradicción, pues confiesa después que sin el dominio del mar, ante todo, sería muy difícil la invasión á México.

Dice: "Puede preguntarse justamente si el dominio del mar no sería tan importante en caso de guerra con México y sus aliados probables, por los cuales podríamos verosíblemente ser envueltos?"

"Esto puede contestarse considerando que esa sería la hipótesis de una campaña contra México y algún aliado suyo, por mar, que fuera superior á nosotros. *Entonces, si nuestros movimientos por el mar no fuesen practicables, el problema presentaría un grave aspecto.*

"Cuando consideramos la fuerza necesaria para conducir una operación como la anterior, y estimamos la que sería indispensable emplear para mantener la línea de comunicaciones (desde la frontera N) imponer requisiciones, reprimir las guerrillas, sitiar ó guarnecer plazas tan importantes como Monterrey, Saltillo, Torreón, Aguascalientes, San Luis Potosí, Celaya, etc., y dada la dificultad de abastecer desde tan lejos (la frontera N.) de la base de operaciones, COMENZAMOS A ESTIMAR EN SU VERDADERO VALOR LA MAGNITUD DE UNA EMPRESA SEMEJANTE EN EL CASO DE QUE NO FUESEMOS DUEÑOS DEL MAR."

Semejantes observaciones no deben verse con indiferencia. Ellas nos afirman que en caso de una guerra con los Estados Unidos, México debería, ante todo, disponer de una ó de dos escuadras ofensivas y otras tantas defensivas, completadas con un poderoso servicio de aparatos destructores sub-marinos y de obras de costa artilladas convenientemente.

Para mayor confirmación, bueno será hacer conocer su manera de pensar en lo relativo á defensa de costas.

"El término "defensa de costas," dice el "Scientific American," es uno de los más elásticos del vocabulario naval y militar. Ya es

amplio ó restringido en su significado, según la política de estado adoptada por el país que se considere, existiendo una gran diversidad de opiniones respecto á la extensión exacta del campo que dicha defensa abraza.

"En sentido estricto, comprende el sistema de estaciones de señales, fortificaciones y minas sub-marinas que guardan la entrada de los puertos y bahías nacionales y protegen contra el bombardeo á las poblaciones del litoral. En este caso, se confía enteramente en los puestos defensivos fijos, para impedir la entrada de una flota enemiga y en el ejército de tierra ayudado con un sistema de ferrocarriles de la costa, para rechazar el desembarque de tropas hostiles, por medio de una rápida concentración. Un proyecto semejante de defensas de costas, abandona por completo el mar al enemigo, y por la renuncia voluntaria de las ventajas obtenidas con el dominio del mar, deja las poblaciones del litoral á merced de cualquiera potencia extranjera que posea una armada, por pequeña que sea. Evidentemente que una nación marítima ó una nación que tenga frontera marítima, si no hace construir una armada, no solamente deja de aprovechar la fuerza natural de su posición, sino que facilita un ataque como si estuviera rodeada de naciones enemigas.

"En el caso de un país cuyo sistema de defensa de costas esté limitado por completo á las fortificaciones que haya á lo largo del litoral, el mar viene á ser un constante motivo de peligro, dejando al enemigo en aptitud de atacar, pero evita eficazmente cualquier movimiento de contra-ataque dirigido á su invasor en su propio terreno.

"Aunque, por la razón expuesta, no es conveniente confiar sólo en la defensa de las costas, sería posible, sin embargo, organizar un poderoso é inexpugnable sistema de defensa que dependiera completamente de las fortificaciones de tierra, minas y ejército permanente; pero para proteger una larga línea de costas, de manera que cada puerto fuera inexpugnable para la escuadra más fuerte y para que cada punto estratégico, capaz de una pronta concentración de tropas en mayor número que las que pudiera desembarcar el enemigo, llenará su objeto, sería necesario hacer un gasto enorme. No hay actualmente ninguna nación que lo intente y todos los sistemas de fortificación necesitan estar en combinación con defensas flotantes de más ó menos importancia. La más sencilla de éstas es la batería flotante, la cual, si está dotada de potencia motriz y es capaz de maniobrar independientemente es llamada monitor para defensa de los puertos-tipo originario de los Estados Unidos y que ha sido casi siempre muy popular entre los americanos. . . ."

"Unos cuantos monitores constituyen un valioso contingente para las fortificaciones de los puertos. . . ."

"De igual ó mayor importancia que el monitor para cooperar con las defensas fijas, es el bote torpedero; porque si es cierto que los